

LA DIMENSIÓN VOCACIONAL DE LA ESCUELA CATÓLICA

+Héctor Vargas Bastidas, sdb
Obispo de San José de Temuco
Presidente Área Educación de la CECH

1. A la base de toda vocación: la vida humana, identidad y dignidad

Reflexionar acerca de la dimensión vocacional de la educación católica, exige necesariamente estar en posesión de una sabiduría suficiente, que permita conocer cuál es la identidad, vocación y destino último de la persona y del género humano, y ponerse al servicio de todo ello. Es por esto que proclamamos que **“la razón más alta de la dignidad humana consiste en la vocación del hombre a la unión con Dios**. Desde su mismo nacimiento, el hombre es invitado al diálogo con Dios. Existe pura y simplemente por el amor de Dios, que lo creó, y por el amor de Dios que lo conserva. Y sólo se puede decir que vive en la plenitud de la verdad cuando reconoce libremente ese amor y se confía por entero a su Creador”[GS, 13].

De este modo, el hombre pertenece a Dios no como un objeto suyo, sino como una verdadera persona que se puede donar a su donante, después que su donador le ha donado la raíz de todo don, que es la existencia. Dios ha creado al hombre gratuitamente. No para procurarse un siervo útil, sino para tener un hijo amante. Y no por necesidad de ser amado por éste, sino para la felicidad del hombre. **Negar entonces a Dios, como colaborador de la realización del hombre, es negar cualquier posibilidad del logro del hombre**. Por ello, no pocas personas y pueblos en la sufrida experiencia histórica que han tenido, afirman que la negación de Dios ha conducido invariablemente a la negación del hombre, su dignidad y por ende sus derechos.

Por esto, **la raíz de los derechos humanos** se debe buscar en esta dignidad. Fundamento que aparece aún más sólido si, a la luz de la fe, se considera que la dignidad humana, después de haber sido otorgada por Dios y herida profundamente por el pecado, fue asumida y redimida por Jesucristo mediante su encarnación, muerte y resurrección. Así, la salvación que nos alcanzó con el precio de su sangre y por la relación permanente que establece con nosotros, es fuente de nuestra dignidad absoluta, innegociable e inviolable.

A partir de la encarnación, Dios es honrado no solo como devoción a Él, sino y al mismo tiempo, con la entrega a los demás. Es más, éste será el referente del examen supremo en el juicio final. "Cuanto hiciste o dejaste de hacer por tu prójimo, conmigo lo hiciste". De hecho, Jesucristo no fue condenado por negar el primer Mandamiento (amar a Dios), sino por hacerlo realidad sirviendo a las personas. De este modo, el Señor escribió **el manifiesto del humanismo** con su sangre derramada en defensa del ser humano.

Por eso el Papa Paulo VI, afirma en *Populorum Progressio*, **“el hombre se realiza a sí mismo, solo trascendiéndose”**. (P.P.,42). De este modo, se realiza como fin que escogiendo a Dios-Amor, éste lo lanza en una aventura de amor, que lejos de un

espiritualismo enajenante, lo encarna fuertemente en un compromiso histórico, porque la fidelidad al Eterno, desemboca necesariamente en una fidelidad hacia la historia humana. Así el hombre es capaz de conocerse, de poseerse y de darse libremente, y entrar en comunión con otras personas. A esto está llamado todo el género humano, ésta es su vocación esencial y compartida. Es en este sentido que debemos concebir la vocación como realización personal.

En consecuencia, “nos sentimos urgidos a cumplir por todos los medios lo que puede ser el imperativo original de esta hora de Dios; **una audaz profesión cristiana y una eficaz promoción de la dignidad humana y de sus fundamentos divinos**”. (P. 320). Si consideramos que la vocación del ser humano está directamente relacionada con la verdad de sí mismo, entonces el eje de todo discernimiento vocacional, ha de asumir al hombre « todo entero, cuerpo y alma, corazón y conciencia, inteligencia y voluntad ». (GS 3),

Vocacionalmente hablando la orientación que se imprime a la propia existencia, dependerá en gran parte de las respuestas dadas a **los interrogantes sobre la persona**, el lugar que debe ocupar en la naturaleza y en la sociedad, tratando de dar un sentido al misterio que la envuelve. Nos referimos a preguntas como: ¿Quién soy yo? ¿Por qué la presencia del dolor, del mal, de la muerte, a pesar de tanto progreso? ¿De qué valen tantas conquistas si su precio es, no raras veces, insoportable? ¿Qué hay después de esta vida?.

Estas preguntas de fondo caracterizan el recorrido de la existencia humana. (GS 10). A este propósito, se puede recordar la exhortación « **Conócete a ti mismo** » esculpida sobre el arquitrabe del templo de Delfos, como testimonio de la verdad fundamental según la cual el hombre, llamado a distinguirse entre todos los seres creados, se califica como hombre precisamente en cuanto constitutivamente orientado a conocerse a sí mismo. Desafío vocacional central para la escuela.

2. Algunos desafíos actuales a la vocación esencial del ser humano

Los Pastores reunidos en Aparecida, Brasil, afirmaban que vivimos un cambio de época, cuyo nivel más profundo es el cultural. Se desvanece justamente la concepción integral del ser humano, su relación con el mundo y con Dios; Surge hoy, con gran fuerza, una sobrevaloración de la subjetividad individual.

Se deja de lado, en efecto, la preocupación por el bien común para dar paso a la satisfacción inmediata de los deseos de los individuos, a la creación de nuevos y, muchas veces, arbitrarios derechos individuales. Se verifica una suerte de **nueva colonización cultural**, tendiendo a imponer una cultura homogeneizada, y que se caracteriza por la auto referencia del individuo, que conduce a la indiferencia por el otro, a quién no necesita ni del que tampoco se siente responsable.

Se prefiere vivir el día a día, sin programas a largo plazo ni apegos personales, familiares y comunitarios. Las relaciones humanas se consideran objeto de consumo, llevando a relaciones afectivas sin compromiso responsable y definitivo. Por otra parte la afirmación exasperada de derechos individuales y subjetivos, sin preocupación por criterios éticos, ni un esfuerzo semejante para garantizar los derechos sociales, culturales y solidarios, resulta en perjuicio de la dignidad de todos, especialmente los más pobres y vulnerables. (DA 46-47). Lo anterior es clave considerar a la hora de **construir el currículum**, discernir los criterios de la orientación escolar y el acompañamiento vocacional.

El Cardenal Robert Sarah, siendo Presidente del Pontificio Consejo “Cor Unum”, en conferencia en EEUU, afirmaba que vivimos una época agitada, porque nuevos sistemas políticos y económicos dominantes están determinando nuevas realidades sociales. Existe un peligroso intento por concebir a los seres humanos como un modelo antropológico universal que puede ser controlado por el poder económico y la sociedad, en lugar de considerar cada ser humano en el contexto de su condición social y cultural irrepetible. Esta grave crisis debido a **la carencia de una visión antropológica integral** y la presencia de un falso sentido de libertad, la ideología de género y manipulación de los derechos humanos, ha dado lugar a una amenaza real de destrucción de la dignidad humana, el matrimonio y la familia. Este intento de excluir a Dios de la esfera humana y unir a las personas en torno a un **humanismo materialista**, pone duramente a prueba a la Iglesia, la escuela católica y su misión.

Aparecida, en efecto, expresa que las nuevas reformas educacionales de nuestro continente centradas en lo cualitativo, “denotan un claro **reduccionismo antropológico**, y que con frecuencia propician la inclusión de factores contrarios a la vida, a la familia y a una sana sexualidad. De esta forma no despliegan los mejores valores de los jóvenes ni su espíritu religioso; tampoco les enseñan los caminos para superar la violencia y acercarse a la felicidad, ni les ayudan a llevar una vida sobria y adquirir aquellas actitudes, virtudes y costumbres que harán estable el hogar que funden, y que los convertirán en constructores solidarios de la paz y del futuro de la sociedad” (DA 328). Y si se apuesta por un supuesto carácter sólo inmanente de la vida humana, se desperfila de facto, la condición de dignidad de la que goza toda persona.

Por ello, es muy importante que nos opongamos a un tipo determinado de “racionalidad”. No se trata en efecto, de la razón misma, sino de la restricción de la razón a lo que solo se puede reconocer mediante la ciencia natural, y al mismo tiempo de la marginación de todo aquello que vaya más allá de la razón. Estas nuevas ideologías han llevado a una especie de **crueledad y desprecio de la persona humana**, antes impensables porque se hallaba todavía presente el respeto por la imagen de Dios, mientras que, sin ese respeto, el hombre de absolutiza a sí mismo y todo le está permitido, volviéndose entonces realmente tirano y destructor. Si bien es cierto que nuestra capacidad intelectual y de conocimiento ha crecido, no lo ha hecho en el mismo grado **nuestra grandeza como persona, ni nuestra potencia moral y humana.**

Parte del pensamiento actual consiste realmente en decir que el hombre no es capaz de la verdad. Pero visto de ese modo, tampoco sería capaz de ética. Así cada uno debería buscar con qué parámetros se las arregla para vivir, y el único criterio, sería en todo caso, la opinión de la mayoría. Por eso es preciso tener la osadía de decir: sí, **el hombre debe buscar la verdad**, y es capaz de la verdad, que nos demuestra entonces aquellos valores constantes que han hecho grande a la humanidad. Por eso hay que aprender y ejercitar de nuevo la humildad de reconocer la verdad y de permitírsele constituirse en parámetro.

En este sentido, el Papa Francisco en un encuentro con a las diversas confesiones religiosas, les ha exhortado a “que por encima de todo, debemos mantener viva en el mundo **la sed de absoluto**, no permitiendo que prevalezca una visión de la persona humana unidimensional, según la cual el hombre se reduce a lo que produce y lo que consume: se trata de una de las trampas más peligrosas de nuestro tiempo”.

En una auténtica orientación vocacional, no se puede olvidar que se enseña para educar, o sea, para formar al ser humano desde dentro, para liberarlo de los condicionamientos que pudieran impedirle vivir plenamente como hombre y mujer. **Por ello es necesario poner de relieve la dimensión ética y religiosa de la cultura**. Características a través de las cuales los jóvenes se capacitan para abrirse progresivamente a la realidad y formarse una determinada concepción de la vida. Así configurada, la educación supone no solamente una elección de valores culturales, sino también una elección de valores de vida que deben estar presentes de manera operante en la tarea vocacional de la escuela. (La Escuela Católica, 30).

“el humanismo consiste en que el ser humano viene de Dios y a Él debe volver. El tiempo, es el ámbito en el que puede llevar a cabo esta noble misión, aprovechando las oportunidades que se le ofrecen en el plano de la naturaleza y de la gracia”. (Juan Pablo II) 29/08/03. En este sentido que el Papa Francisco ha proclamado que “podemos hablar de humanismo solamente a partir de la centralidad de Jesús, descubriendo en Él los rasgos del auténtico rostro del hombre. Es la contemplación del rostro de Jesús muerto y resucitado que recompone nuestra humanidad, también de esa fragmentada por las fatigas de la vida, o marcada por el pecado. **Dejémonos mirar por el rostro de Jesús. Él es nuestro humanismo**” (Francisco, en Florencia, 2015).

En efecto el misterio del hombre sólo se esclarece en el misterio del Verbo encarnado. Cristo, el nuevo Adán, en la misma revelación del misterio del Padre y de su amor, manifiesta plenamente el hombre al propio hombre y **le descubre la sublimidad de su vocación** (GS, 22).